

30
ANYS

cuadernos

CURAS OBREROS **Compromiso de la Iglesia** **con el mundo obrero**



CURAS OBREROS
COMPROMISO DE LA IGLESIA
CON EL MUNDO OBRERO

Jaume Botey

INTRODUCCIÓN	3
1. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN	4
1.1. Dos formas de entender la iglesia y la evangelización	4
1.2. Una nueva forma de vida sacerdotal	5
1.3. Tensiones y prohibición	6
1.4. El Concilio y la rehabilitación	8
1.5. Treinta años después	9
1.6. Los CO en Cataluña y en el estado español	11
2. ESPIRITUALIDAD	13
2.1. Ser obrero	15
2.2. Ser cura	18
2.3. Ser contemplativos	20
2.4. Vivir el Reino	24
2.5. Vivir la Iglesia	26
2.6. Vivir feliz	29
BIBLIOGRAFÍA	31
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	32

En recuerdo de Antonio Andrés, Cisco Vinyes, Enrique Gil, Ferran Bonnin, Josep M^a Borri, Rafael Casanova, Vicente Martínez, curas obreros de Cataluña, Valencia y Mallorca, amigos que nos han dejado para siempre.

Jaume Botey es licenciado en Teología. Doctor en Antropología y profesor de Historia en la *Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB). Miembro del equipo de *Cristianisme i Justícia*.

Con la colaboración de:



Generalitat de Catalunya
**Departament de Benestar Social
i Família**

INTERNET: www.cristianismeijusticia.net • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • Teléfono: 93 317 23 38 • Fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-273-7 • Depósito legal: B-20.495-2011 • Septiembre 2011

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

INTRODUCCIÓN

El movimiento de curas obreros (CO) ha sido una de las experiencias más importantes y originales que se han dado en la Iglesia del s. xx. Un hecho de esta envergadura, por la dureza inherente a la vida laboral, por la pobreza y por el anonimato buscados, por la desconfianza que de inmediato suscitó en la jerarquía y por el compromiso total que suponía, sólo podía ser fruto de una vivencia espiritual honda del evangelio por parte de aquellos que escogieron este camino.

Es también uno de los capítulos más logrados de la historia de la espiritualidad cristiana. El movimiento ha sido objeto de innumerables estudios desde la sociología, la teología, la política, y de él se ha llegado a escribir incluso alguna novela. Este cuaderno se centra en la espiritualidad. Por suerte disponemos de un valioso material de primera mano: las “Memorias” de los encuentros anuales de CO de Cataluña, Valencia y Baleares desde el año 1978. No obstante, el presente escrito sólo es el borrador de una descripción muy fragmentaria. Se hace evidente la necesidad de un estudio más en profundidad que, superando la descripción de los hechos históricos y la espontaneidad e inmediatez de los testimonios, intente ir más allá con el fin de que esta espiritualidad de encarnación pueda encontrar nuevas formas en el futuro. No se trata de la crónica de un pasado o presente heroicos sino de extraer de los hechos aquello que aún tiene validez universal, que tenga capacidad de concretarse en el futuro y en otras situaciones o contextos culturales. Hoy, sin embargo, la necesidad de comprender su sentido real, nos obliga aún a situarla en el contexto histórico en el que se ha dado. Por eso estas páginas empiezan con una breve descripción del origen y la evolución del movimiento.

1. ORÍGENES Y EVOLUCIÓN

Después de la II Guerra Mundial se empieza a hacer evidente en los países de centro-Europa el imparable proceso de descristianización, especialmente de la clase obrera. Cardijn y la JOC ya habían dado un toque de alerta. Por otro lado se mantenía fresco en el recuerdo el testimonio de los curas movilizados durante la guerra y que convivieron en las trincheras con la tropa en igualdad de condiciones, sin que su estado clerical impidiera que fuesen deportados a campos de concentración.

Sobre el proceso de descristianización causó especial impacto el libro de Henri Godin e Yvan Daniel, que atribuía a Francia, el calificativo de “País de Misión”, reservado hasta entonces a las colonias. Era necesario replantearse la evangelización y sus procedimientos desde la raíz. Para preparar esta reflexión, en 1944 el cardenal Suhard funda un centro de formación sacerdotal “La Misión de París”. El movimiento pronto se extendió a otros países como Italia y Holanda por la conciencia de que Europa entera, no solamente Francia o Bélgica, era ya tierra de Misión.

1.1. Dos maneras de entender la Iglesia y la evangelización

Evangelizar es anunciar el evangelio, pero ¿cómo? Constatado el fracaso de la evangelización a través de las formas tradicionales (la parroquia y sus estructuras) los CO proponen un nuevo camino. El modelo no es tanto el de la Iglesia que intenta abrirse y ofrecerse al mundo con el fin de que la gente entre, sino la Iglesia que se esfuerza por entrar en el mundo. Son dos concepciones diferentes de evangelización, diferentes por la práctica pastoral y por la teología que las sustenta. Era una fórmula hasta en-

tonces desconocida ya que no se trataba de servir a la sociedad desde instituciones propias (parroquias, colegios, hospitales...) sino “de estar” en la sociedad sin la protección del estatus clerical, estar “con la gente”, no de cualquier manera, sino “vivir con” la gente, de modo que “el estar” acabe convirtiéndose en “ser como” la gente.

La opción por la fábrica y el trabajo manual son la consecuencia de esta forma de querer estar en el mundo, fundamentada no en la palabra sino en la presencia. La motivación es obviamente eclesial y parte de una vivencia espiritual, fruto de percibir que la Buena Noticia no llegaba a los pobres. Y causa a su vez en los CO un profundo cambio espiritual en la forma de pensar y acercarse a Jesús. Para ellos, ser obrero y querer ganarse un sueldo con su trabajo no es por necesidad económica sino como la única manera de estar en contacto con la clase obrera. Por esta misma razón no aceptaban la definición de “curas en el trabajo”, sino que preferían la de “curas obreros” porque abarcaba un sentido más amplio.

Para unos, el proceso de encarnación significaba querer caminar hacia los pobres, ser pobre y con la sola presencia dar testimonio, al estilo de Carlos de Foucauld. Para otros significaba, además, participar activamente en el movimiento obrero y en sus luchas, asumiendo responsabilidades sindicales si hacía falta. Es lo que se denominó “compromiso temporal”. Una vez más la pregunta era qué significaba la palabra “encarnación”. La jerarquía eclesial veía peligroso el sentido que los CO daban al compromiso temporal. En la lí-

nea de la Doctrina Social, serían acusados de alimentar la lucha de clases y de filocomunismo.

1.2. Una nueva forma de vida sacerdotal

La aceptación de “Iglesia en estado de misión” obligaba a repensar las relaciones entre sacerdocio y misión. Desde Trento el perfil del sacerdote era el de “hombre sagrado”, “separado” de los otros hombres, “*alter Christus*”, “mediador de Dios”. La doctrina de los últimos papas, Pío X, XI y XII, había acentuado aún más este perfil. Roma vio en el ministerio que proponían los CO una especie de “sacerdocio disminuido” o, peor aún: un atentado contra la transcendencia del sacerdocio.

Los CO proponían una nueva forma de presencia evangélica desde el silencio y el testimonio. En el corazón de su espiritualidad no se encuentra nada más que el seguimiento de Jesús (Mt 16,24) como resultado de una forma dinámica y viva de entender la fidelidad. Así el Cardenal Suhard definió esta forma de apostolado con estas palabras: “Ser apóstol significa estar al lado de la persona humana y de su mundo y mirar de penetrar de valores cristianos todo aquello que hoy está tan lejos del evangelio”.

Las grandes normas, la liturgia solemne en el altar, la oración, se tuvieron que ir adaptando a los condicionantes de su vida cotidiana: las misas domésticas en el comedor de casa, el modelo de oración más concreta y ligada a la vida de los barrios y a la convivencia con la gente de la calle. Era el mismo proceso de

encarnación el que obligaba a ello. Es cierto también que el cansancio, la soledad, el ambiente y un contexto de mayor libertad también provocó el abandono de algunos.

1.3. Tensiones y prohibición

El Vaticano observaba con inquietud esta nueva realidad. La razón era la necesidad de preservar la identidad del ministerio sacerdotal y la preocupación por la vida espiritual de los CO: «Roma debe cuidar del alma de los sacerdotes, que corre en las fábricas un enorme riesgo». En el fondo preocupaba mantener determinada concepción del sacerdocio: no se puede sacrificar la concepción tradicional del sacerdocio a la evangelización de la clase obrera. El trabajo en la fábrica dejaba a los sacerdotes expuestos a determinados ambientes, y además, el contacto directo con las luchas obreras alimentaba las desconfianzas y sospechas de contaminación marxista. La parte más sensible del obispado francés de dio cuenta de la imposibilidad de evangelizar desde posiciones tradicionales y no veía conveniente el hecho de sacrificar este tipo de experiencias pioneras. Pero pronto comenzaron a circular las exigencias de Roma, que equivalían de hecho a una prohibición:

a) No al trabajo a tiempo completo. Éste quedaba limitado a tres horas diarias.

b) No al trabajo en grandes empresas.

c) No al compromiso político, ni a participar en luchas obreras, ni a afiliarse

se a sindicatos con todo lo que esto conllevaba.

El proceso hasta llegar a la prohibición fue relativamente rápido: los cardenales Liénart, Feltin y Gerlier, obispos de Lille, París y Lion, decidieron llevar su inquietud hasta Roma, y el noviembre del 1953, fueron recibidos por el cardenal Ottaviani e inmediatamente por Pío XII. El papa les comunicó la incompatibilidad del trabajo manual con el estado sacerdotal: «La vida de un sacerdote es el bien más precioso de la Iglesia. Y ésta no puede confundirse con la vida de un obrero. Porque es una vida de oración, de enseñanza y de culto, inconciliables con el trabajo manual. Un sacerdote que pasa la mayor parte de su tiempo en el trabajo manual no puede ejercer la forma superior de sacerdocio si no es de una manera anormal. No es posible seguir exponiendo a los curas a estos riesgos» (Pío XII, texto íntegro en Vinatier, *Le Cardinal Liénart et la misión de France*. París, Le Centurion 1978).

Aquellos obispos tuvieron que acatar sin entender. Con la voluntad de generar acuerdos, el 19 de enero de 1954 comunicaron su apoyo al colectivo de CO pero a su vez les pidieron que obedecieran las normas del Vaticano: solamente tres horas diarias de trabajo, en empresas pequeñas y sin afiliarse a ningún sindicato: «Vuestra fe os llevará a la obediencia. Vosotros creéis que Cristo instituyó la Iglesia y que ha confiado su dirección a los Apóstoles y a sus sucesores. Ahora os encontráis ante la alternativa entre la fe en vosotros mismos o la fe en Jesús. En realidad es un problema de fe [...] Algunos de voso-

tros creéis que el papa y los obispos se equivocan. Solamente podemos decir: obedeced. Nadie se equivoca obedeciendo».

Los afectados ven en el endurecimiento del Vaticano la confirmación de su crítica a una Iglesia alejada del mundo obrero e inmovilizada por el miedo al comunismo. Desde una tristeza y angustia infinitas, el 2 de febrero de 1954 publican un comunicado en todos los periódicos franceses con setenta y tres firmas: «Las autoridades religiosas han impuesto a los CO unas condiciones que les obligan de hecho a abandonar la vida obrera y a prescindir de las luchas que llevaban a cabo con sus compañeros. Nosotros creemos que nuestra vida de obreros no es obstáculo ni para la fidelidad a la fe ni para nuestro sacerdocio. La sola existencia de los CO ha perturbado los ambientes habituados a poner la religión al servicio de sus propios intereses». La jerarquía objeta que el lenguaje de la carta traslucía marxismo, pero uno de los firmantes responde que efectivamente es la distancia tan grande entre los dos mundos la que ha obligado a los CO, casi sin darse cuenta, a utilizar el lenguaje de los obreros.

Finalmente el 1 de marzo de 1954 llega la temida notificación de prohibición firmada por el cardenal Pizzardo, secretario del Santo Oficio: a partir del día 10 los curas obreros dejan de existir. Los que deseen continuar deberán someterse a las tres condiciones. Pocos días antes, los días 20 y 21 de febrero, en una dramática asamblea el colectivo francés, el más numeroso, pide que cada uno se pronuncie sobre el dilema «obedecer las directrices de Roma, o

continuar en el trabajo con la excomunión». De 95 sacerdotes presentes, 42 aceptarán la sumisión, 40 continuarán en el trabajo y 13 de momento no se definen, aunque de hecho continuaron trabajando. En un largo comunicado dirigido a los obispos expresan entre otras cosas: «Somos rechazados por el poder establecido debido a nuestra identificación y participación en la lucha obrera, y porque la Iglesia y la mayoría de sus miembros defienden un régimen, el capitalismo, contra el que luchamos, por injusto y opresor. La Iglesia lo apoya ya que de este apoyo depende el mantener sus instituciones e incluso sus obras de caridad». Los religiosos (dominicos, jesuitas y franciscanos), aceptarán en su gran mayoría la decisión vaticana. Algunos buscarán nuevas formas de trabajo en la agricultura y en la artesanía, como monseñor Ancel, el único obispo obrero.

El colectivo de la Misión de París, se declara mayoritariamente insumiso aunque también la mayoría de ellos van a seguir viviendo como antes, en celibato y en pobreza. Su vida se convierte en un doloroso testimonio de la fractura entre iglesia y mundo moderno. La Iglesia se cierra ante ellos y los condena al silencio y olvido más absolutos negándose a reconocer su camino. Ninguno de ellos, ni después del Vaticano II cuando se autorizó de nuevo a los CO, pudo reemprender el ministerio sacerdotal. El silencio ha envuelto su testimonio: el silencio de la jerarquía, que es la que causó más sufrimiento, pero también el silencio del mundo al cual quisieron ser fieles. Silencio tanto de la sociedad como de los medios de comu-

nicación: desde el 1 de marzo de 1954, ningún otro periódico volvió a mencionarlos, ni aquellos que con anterioridad les habían dado su apoyo, como fue el caso del diario *Le Monde*. Por el contrario, se emprendieron medidas contra los tres provinciales dominicos de Francia y contra los PP. Congar, Chénu, Féret y Boisselot que les habían dado su apoyo.

Todo parecía perdido. Muchos de ellos, tanto los que habían aceptado como los que no, se sintieron injustamente tratados por aquella Iglesia a la cual amaban pero que no les había sabido tratar como una madre. Así se expresaba uno de los sacerdotes obreros: «El lugar en el cual trabajo está a punto de cerrarse. El 10 de marzo mi función se habrá visto terminada. Mi acto de obediencia a la Iglesia de Cristo supondrá no poder volver al trabajo como lugar de mi ministerio sacerdotal. No quiero recordar ahora a la jerarquía aquello que hemos oído tantas veces en relación al alejamiento de Dios de millones de personas y que por nuestra misión habían empezado a sentirlo más cercano. Roma ha decidido que esto terminase. Más allá de tantas cosas que seguramente unos y otros hemos hecho mal, mañana el drama de aquella separación continuará existiendo y pesando en la conciencia de millones de cristianos».

La prohibición no podía hacer olvidar la fractura entre la iglesia y el mundo obrero, y surgen señales que demuestran que la cosa se había resuelto mal, que la herida no estaba aún cerrada. El sector más sensible de la jerarquía es consciente de la gravedad de lo que ha pasado y de inmediato habla de la necesidad de «continuar la experiencia

aunque sea de otra forma». Solamente un mes después de la prohibición, los obispos franceses publican un «directorio pastoral en materia social», donde aceptan algunas de las propuestas de los CO: necesaria renovación teológica y litúrgica, renovación de la vida parroquial, necesidad de encontrar nuevas formas del ministerio sacerdotal, aunque «tendrá que ser siempre respetuosa con la forma de ser tradicional del sacerdocio. No se aceptarán nuevos caminos...». El 15 de agosto Pío XII autoriza la reapertura del seminario de la Misión de Francia. El cardenal Feltin de Paris permite el retorno al trabajo con horario completo a aquellos que habían obedecido, pero se mantiene la prohibición de ir a las grandes fábricas. En octubre se funda la “Misión Obrera” bajo la responsabilidad de l’abbé Frossard.

El cuestionamiento del ministerio sacerdotal en el campo laboral abrió las puertas a otros cuestionamientos en relación al trabajo, la política o el celibato, pero el problema de los CO era sencillamente la inserción en el mundo del trabajo. La confusión entre las dos problemáticas produjo muchos malentendidos.

1.4. El Concilio y la rehabilitación

La elección el 1958 de Giuseppe Roncalli, Juan XXIII, despertó toda clase esperanzas. Había sido nuncio en Paris desde 1944 hasta 1953, poco antes de la prohibición de los curas obreros y por tanto había vivido el conflicto desde dentro y en los momentos de mayor ebullición. Su origen humilde y ru-

ral, su actitud de pastor y la amistad con las figuras más significativas del obispado francés le predispusieron a favor, pero probablemente su concepción tradicional del sacerdocio lo llevaron a compartir los miedos del Santo Oficio. Poco tiempo después de ser elegido, el 1959, el cardenal Feltin le planteó de nuevo el tema, pero recibió por escrito la misma respuesta del cardenal Pizzardo: “no”. Y Roma quería que ahora el “no” fuese un “no” definitivo.

Pero se volvió a plantear en el Concilio. Juan XXIII había dado esperanzas que el problema de los CO se resolvería en el Concilio. Y así fue. Pablo VI, que siempre había tenido mucha simpatía por este modelo de evangelización, hizo público el 23 de octubre de 1965 la autorización. Lo anunciaron los obispos franceses: «El obispado francés, con la autorización de la Santa Sede, se propone autorizar a un pequeño número de sacerdotes a que trabajen en horario completo en las fábricas». Señala que «la misión que se confía a estos sacerdotes será considerada como esencialmente sacerdotal y destinada al anuncio del evangelio». Los sacerdotes en el trabajo podrán inscribirse en el sindicato, pero no podrán ocupar cargos sindicales. La expresión ya no será la de “sacerdotes obreros” sino “sacerdotes en el mundo del trabajo”.

Como consecuencia de ello, el 7 de diciembre del 1965 el Concilio aprobó el “Decreto sobre el Ministerio y la vida de los sacerdotes”, donde se afirma (nº 8): «Todos los presbíteros son enviados a colaborar en esta obra de (evangelización) ya ejerzan el ministerio parroquial o interparroquial, ya se

dediquen a la investigación o a la enseñanza, ya realicen trabajos manuales, participando, con la conveniente aprobación del ordinario, de la condición de los mismos obreros donde esto parezca conveniente».

1.5. Treinta años después

Treinta años después en Francia eran más de quinientos, en Italia, España y Bélgica más de cien en cada país y otros en Alemania, Suiza o Portugal. En algunas diócesis se dio a los candidatos una formación específica en forma de seminarios, a aquellos interesados en la opción por el mundo obrero. Las vocaciones respondían a los mismos objetivos de la Misión Obrera y, adaptadas al contexto europeo, encontraban su inspiración en el mismo espíritu de la Teología de la Liberación y la Conferencia de Medellín (1968). Europa vivía un momento de euforia por el crecimiento económico, pero atenazaba también el miedo que provocaba la guerra fría y los recelos contra el comunismo. Los CO sufrieron por partida doble, por parte de la jerarquía y por parte de los empresarios, sobre todo los de las grandes empresas como Renault en París, o Fiat en Turín.

El espíritu de pobreza, el contacto con el obrero, la humilde vida doméstica y la oración vivida en pequeña comunidad, eran el humus espiritual que todos dicen respirar como un modelo de vida y fidelidad al evangelio. Empiezan unos pequeños encuentros de hermandad, hasta que en el año 1988 se convoca el primer encuentro europeo. Desde entonces se han producido encuentros

anuales alrededor de Pentecostés. La Pommeraya, Basilea, Barcelona, Setúbal, Waterloo o Estrasburgo, han sido algunas de las ciudades donde se han realizado estos encuentros. Encontrarse ha facilitado el conocimiento mutuo y la fraternidad. Ha ayudado a vencer el aislamiento, pero sobre todo ha facilitado la construcción desde el evangelio de un pensamiento común ante un mundo cambiante y una jerarquía que tolera, pero que va en dirección contraria. Ellos, desde el anonimato, desde ras de tierra, han vivido una vida fundamentalmente enraizada en el mensaje de Jesús.

Poco tiempo después del 1954 un grupo de insumisos empezó a encontrarse de manera informal pero regular. En el encuentro anual de CO de Francia el año 1991 (treinta y siete años después), fueron invitados a compartir su itinerario de silencio. Considero interesante transcribir una parte de sus reflexiones porque probablemente pueden ser compartidas por otros que pueden haber tenido experiencias de exilio parecidas: «Durante estos largos años, más de 37, algunos de nosotros nos hemos ido encontrando para poner en común aquello que para cada uno resulta esencial. Constatamos que después de 37 años sin misión, nuestra perspectiva es otra, también nosotros hemos cambiado. Nuestro camino ha sido más espiritual que misionero (...) y en este camino espiritual, Jesús sigue siendo, para nosotros, con toda su fuerza de silencio y acogida, el camino, la verdad y la vida. ¿Qué queda de aquel sueño por transmitir su mensaje a la clase obrera mediatizada por una institución anacró-

nica y una dogmática cerrada? Para nosotros queda, sobre todo el inmenso enriquecimiento que resultó del encuentro entre el cristianismo y una cultura obrera, supuestamente atea. Los que vivimos los primeros pasos de este encuentro, entre riesgos y peligros, pudimos disfrutar de las promesas, libertad y gratitud del evangelio. Vivimos el evangelio, y todavía lo vivimos en la actualidad, como una simiente que en su capacidad espiritual de acogida puede absorber, deshaciéndose, las sustancias espirituales que le ofrece, como un humus, el actual contexto humano» (intervención de un CO “insumiso” en el encuentro internacional de pastoral obrera de 1991).

Otro de los insumisos, Henri Perrin, antes de morir (25 de octubre de 1954), había escrito: «Más allá de lo que ha pasado, el problema de fondo permanece. La participación en la vida obrera me ha hecho tomar conciencia del abismo que separa el cristianismo del mundo del siglo xx. Es un abismo demasiado amplio y profundo para poder creer que cualquier iniciativa o nueva institución la podrá llenar. Es imprescindible un trabajo de fondo, que será oscuro, lento, hecho a menudo de muerte y sufrimiento donde, como en el ajedrez, perder piezas será necesario para ganar lentamente la partida. Serán tentativas que permitirán que los rostros hoy ocultos se puedan manifestar. Esto, que para algunos pueda parecer un juego de ajedrez, a mi me parece el primer paso, inevitable, de un camino que hay que caminar a fin que la Iglesia y el mundo del siglo xx puedan encontrarse. Un amigo me decía que las piedras que se habían

colocado para hacer de puente habían caído al agua. Algunos los consideran perdidas, otros sin embargo siguen creyendo que han quedado en el fondo para que sea más fácil un día volver a levantar el puente caído» (recogido por E. Poulat, p. 134).

1.6. Los CO en Cataluña y en el estado español

En España el movimiento de curas que optaron por trabajar manualmente, empieza después del Concilio y en el contexto de los movimientos sociales y eclesiales ligados a la transición. Desde principios de los 60s son ya muchos los curas que promueven una nueva presencia pastoral en los barrios periféricos o suburbiales, mayoritariamente compuestos por población inmigrada. Algunos, con el propósito de “superar” los Movimientos Apostólicos Obreros, iniciaron en los barrios comunidades populares que pronto se organizaron a nivel territorial. Desde el año 1963 ya hay CO en Vizcaya (Bandas de Etxebarri), Barcelona, Sabadell, Terrassa, en las cuencas mineras de Asturias, Cartagena, Málaga y en otras ciudades. El año 1966 nos encontramos en el contexto de una “Semana de Pastoral Obrera” en Sevilla. Allí se presentaron los principios que inspiraban el movimiento, los mismos que años atrás habían inspirado los CO de otros países: identificación con la clase obrera, fidelidad al Dios de los pobres, la voluntad de vivir un sacerdocio pobre, servidor, entre la gente, sin ningún poder clerical. En la clausura, el cardenal Bueno Monreal sorprende a los asistentes con unas palabras im-

pensables por su parte antes del concilio: «No niego a ningún sacerdote el trabajo como obrero; porque no va a trabajar simplemente como obrero, sino como sacerdote. Si el ministerio sacerdotal, dadas las condiciones sociológicas, pide que el trabajo del sacerdote se realice machacando o fundiendo hierro con los demás, hará este trabajo como sacerdote. Hermanos: os pido que nos lancemos a la evangelización de los pobres, especialmente del mundo del proletariado urbano y rural hoy alejado de la Iglesia».

El mismo año 1966 los jesuitas crean la Misión Obrera con el objetivo de preparar a laicos y sacerdotes para el trabajo en las fábricas. Forman parte del movimiento popular en plena ebullición durante la transición. Se sitúan en una iglesia de base que, impulsada por el concilio, promueve un nuevo modelo de evangelización y participa en las movilizaciones obreras y en las reivindicaciones vecinales. Entre los seminaristas de Barcelona había nacido un grupo que se autodenominó “la Obrera” o la “Fiambarrera”. Esta iglesia, que se oponía al nacionalcatolicismo, será víctima de represión, condenas, multas y detenciones. Recordemos, por ejemplo la manifestación de curas en Barcelona el 11 de mayo del 1966; el famoso proceso 1001 que tuvo lugar el 1973 y que entre los acusados había un cura obrero que fue condenado a veinte años, o la prisión para sacerdotes en Zamora. Al mismo tiempo, estábamos en un momento de crecimiento económico e industrial, bueno para la clase obrera, pero que pronto, y en el momento del máximo auge de los CO, derivará en las prime-

ras crisis y en el inicio del desmantelamiento del tejido industrial. La pérdida de impulso del movimiento obrero afectará también al colectivo de CO: despidos, trabajo en pequeñas empresas, etc.

Los encuentros estatales de CO nacen el año 1982 en Pozuelo de Alarcón, aunque estos encuentros no serán estables ni se coordinarán con los encuentros europeos hasta el 1987. Los

encuentros anuales conjuntos de Cataluña, Valencia y Baleares, a los que asisten la mayoría, habían empezado unos años antes, el 1978. El colectivo catalán lo conforman unos treinta curas obreros, hoy ya casi todos jubilados. Todos ellos han mantenido el trabajo manual (metalurgia, hospitales, artes gráficas, construcción, peonaje agrícola, taxi, limpieza, recogida de basura) hasta su jubilación.

2. ESPIRITUALIDAD

Una de las características más remarcables del grupo de CO de Cataluña, Valencia y Mallorca es la discreción: escasamente se han manifestado públicamente, o han sido noticia, o han intervenido en los medios de comunicación. Han preferido hablar más con hechos que con palabras. Han encarnado, valga la redundancia, aquello de “la Palabra se hizo carne”. No ha sido tanto por pudor como por fidelidad al principio de estar debajo de todo, conscientes de que esto de ser cura obrero es una opción arriesgada y puede ser objeto de instrumentalización: “Los pobres te hacen socialmente y políticamente poderoso, tienes relaciones con la prensa, con el mundo político... y poco a poco puedes dejar de ser uno de ellos”.

Pero, afortunadamente, ponen por escrito las reflexiones que hacen en voz alta. Son las “Memorias” o “Cuadernos” (en adelante citados por “C”) desde el año 1978, a las que ya he hecho referencia. En ellas manifiestan las motivaciones, la espiritualidad, el compromiso, las flaquezas... con lenguaje directo, de expresión sencilla, sin palabras vacías o empalagosas. Cada uno de estos Cuadernos supone un sedimento de vida, experiencia acumulada de evangelio

pero en el conjunto, después de 32 años, hay teología, a veces, implícita pero muy evidente y sobre todo hay espiritualidad. Los títulos son por sí solos muy significativos y corresponden a los temas propuestos por el encuentro de cada año.

1ª. Procesos personales. Mirando el mundo obrero y mirando a la Iglesia.

2ª. Realidad obrera, realidad de Iglesia, realidad personal.

3ª. La incidencia de aquello específico obrero en nuestro sacerdocio.
4ª. La iglesia, cómo la vivimos, cómo la queremos, cómo la vamos haciendo.
5ª. Pastoral y espiritualidad obrera.
6ª. (no se editó)
7ª. En torno a la “iglesia popular”.
8ª. Nuestra plegaria de Sacerdotes Obreros.
9ª. Nuestras comunidades y el papel del sacerdote en ellas.
10ª. La marginación y el evangelio.
11ª. Hacia un mística de izquierdas comunicable.
12ª. Nuestro espinazo teológico o ¿qué hilo nos sujeta?
13ª. ¿Qué cotidianeidad vivimos? ¿Qué nos mantiene?
14ª. Sacerdotes trabajadores en un mundo en cambio permanente.
15ª. ¿Qué dice el capítulo primero de la carta a los Efesios?
16ª. Cultura obrera “viejos y nuevos valores”.
17ª. Los nuevos *apartheid*.
18ª. Cambio de paradigmas.
19ª. ¿Qué mundo nos viene...?
20ª. ¿Qué “gemidos” escuchamos y qué valores descubrimos?
21ª. Alternativas al neoliberalismo.
22ª. Participación y corresponsabilidad para una nueva cultura.
23ª. Salidas a la precariedad galopante.

24ª. Los nacionalismos.
25ª. Búsqueda de Dios, pluralismo y secularización.
26ª. Los inmigrantes.
27ª. La nueva espiritualidad que emerge.
28ª. Repensar las formas religiosas.
29ª. Desde la teología feminista: el hecho religioso.
30ª. Perfiles de la Iglesia que estamos construyendo.
31ª. Diálogo, proceso de paz, resolución de los conflictos nacionales.
32ª. Crisis global: sufrimiento y reto.

Ciertamente, las formas con las que hace cincuenta años se concretó la voluntad de evangelización entre el mundo de los pobres hoy habría que adaptarlas. Los cambios en la clase obrera, en la iglesia, en las condiciones laborales y de la empresa, en el ministerio o el fenómeno de la secularización, definen hoy un marco muy diferente para la evangelización. Sin embargo, y ésta es una de las tesis del presente cuaderno, las razones de fondo y la espiritualidad que los motivaron no han perdido actualidad.

Finalmente, una observación de método. He ordenado los temas según las líneas de fondo que me han parecido ejes transversales presentes en todos los documentos. Y he preferido dar la palabra a los mismos protagonistas transcribiendo fragmentos, como si fuera una “voz en *off*”, más o menos “coral” y autocompensada, con una breve introducción para cada uno de los temas trata-

dos. La riqueza del testimonio directo creo que compensa el riesgo de la utilización de las fuentes sin filtros. Hay que agradecer al colectivo de CO de Cataluña, Valencia y Mallorca que, a pesar de su modestia y manteniendo el anonimato, hayan permitido hacer públicas algunas de sus vivencias.

2.1. Ser obrero

2.1.1. Los orígenes y el porqué

Es el itinerario de una aventura espiritual. Aparte de algunas excepciones, la mayoría no proviene de familias de la clase obrera. Se trata de una opción que nace de la fe, resultado de la lectura del evangelio y del convencimiento de que el amor de Dios pasa por los pobres. Había que ir donde se encuentran, a las fábricas y los talleres, al campo, al trabajo manual como la mayoría de la gente. Fue un lanzarse, quemar las naves... Ahora “ya estamos allí”, y llevamos años. Están donde querían estar, donde les “toca” vivir. El mundo obrero es su casa, su terreno, su “heredad”. El punto de partida espiritual es el misterio de la Encarnación y el deseo de quererse fusionar con el mundo obrero. Aquello del “*Deus Absconditus*” en medio de la debilidad. Como Jesús, que «aunque era de naturaleza divina, no se aferró al hecho de ser igual a Dios, sino que renunció a lo que le era propio y tomó naturaleza de siervo» (Flp 2,7).

«¿Por qué me hice cura obrero? Porque para el evangelio lo importante es estar en una dinámica de pobreza... ser pobre. Trabajo y barrio obrero te hacen sentir parte del mundo de

los pobres, primero como una opción, pero poco tiempo después ya lo eres ‘por narices’, no puedes irte. Esto nos lleva a vivir ‘la Iglesia de los pobres’ y a entender que ‘evangelizar’ es anunciar que los pobres están salvados, que en ellos hay la salvación, y que sólo es posible evangelizar a los pobres desde la pobreza y con medios pobres» (C.10).

«Por compromiso con los pobres, porque en casa éramos pobres, mi padre y mi abuelo obreros, así fue mi familia. Porque en casa éramos payeses... porque me sentía incómodo con el hecho clerical. El corazón de mi identidad es de creyente y trabajador» (C.3).

«Por una cuestión de justicia, no de “pastoral”. Y si en algún caso teníamos alguna intención escondida de instrumentalizar el trabajo “para evangelizar” pronto este “para” ha desaparecido. Lo importante es “ser obrero” y serlo sencillamente y gratuitamente, sin las intenciones del vendedor. En las relaciones entre personas jamás se tiene que introducir un “para”» (C.3).

«Yo me hice sacerdote al “convertirme” ya de mayor, y el centro de mi vida sigue siendo ahora, como lo era antes, mi dimensión religiosa y cristiana, más que la sacerdotal» (C.8).

«Empecé a descubrir que la Palabra de Dios era Vida. Pero desde el lugar en el que estaba empecé a sentir incomodidad. Y entré en el mundo obrero. Ha sido un proceso progresivo. Al cabo de unos años observé que mi llamada hacia “los pobres” tenía que ir más allá a raíz de ir descubriendo el mundo de la miseria. Y sigue el proceso, ya que aún estoy distante de es-

te mundo y veo que siempre hay un peldaño más abajo» (C.10).

El corazón de su vida es el trabajo, la imprenta, el taller, la construcción, el taxi, el trabajo del campo, la cooperativa, el paro o el mundo de los inmigrantes. Y todo esto con las limitaciones que comporta sobre la calidad de vida y todo lo que supone de desarticulación social: habiendo huido del mundo clerical y lejos de la casa caliente y estructurada. Es aquello de ver a Dios sin omnipotencia, el Dios que está al lado de las víctimas.

«He pagado la novatada. Al principio esperaba resultados, cambios en los demás, quería ver “los frutos”. Pero he ido entendiendo que quien va cambiando eres tú. Se da un empobrecimiento progresivo en todos los sentidos, tanto físico como intelectual. Te ves más débil, más vulnerable, vas cambiando de mentalidad. Te vuelves un “trabajador normal” con todo lo que esto quiere decir. A veces lo llevo mal, caigo en la trampa de vivir este entierro no en el sentido positivo sino como un proceso descendente: notas que te vas deteriorando. Sé que el grano no verá jamás la espiga... Cuando lo vivo así pido perdón, porque para mí ser cura obrero es un don, un regalo que Dios hace a algunos, un regalo que me ha hecho a mí» (C.13).

«Me despidieron de la empresa donde trabajaba como mecánico de mantenimiento. Me cogieron en un taller metalúrgico de tornero, 12 horas diarias, salario el mínimo y la mitad ‘en negro’. O aceptaba esto o nada» (C.20).

¿Pero sirve de algo? ¿Cómo hablar de Dios en un mundo en el que la ma-

yoría vive en la pobreza? ¿Cómo pueden creer que Dios es liberación? Han vivido el evangelio como Buena Noticia para los pobres, pero los pobres no se lo creen.

«Vivimos la grave incomunicación entre iglesia y mundo obrero. Lo que pasa es que los que van a misa tampoco se creen que Dios es liberación para los pobres. A menudo nos sentimos más próximos con los pobres-no creyentes que con muchos de los que van a misa» (C.4).

«Dios me salva a través de mi pobreza, pobreza que me ha hecho aceptar a los pobres. Pobreza que es ‘puta mierda’. Si no eres pobre jamás te aceptarán, aunque vayas a ayudarlos. Tu pobreza es lo que te acerca y gracias a ella ellos te entienden, e incluso te perdonan tus faltas, porque ellos también las tienen. Nunca antes como ahora he visto mis limitaciones y mis defectos. Pero los pobres me han cambiado la vida, ven mis limitaciones como yo veo las tuyas. Si no conocen tus debilidades, ¿cómo te aceptarán? Tú le quieres, él te quiere. Ya no vienen a aprovecharse de nosotros porque somos tan pobres como ellos. Si no hay un lazo común con su pobreza, no hay aceptación» (C.11).

«No es posible ser ‘creyente’ sin ‘pasar’ por los explotados de la tierra, sin experimentar en la propia carne lo jodido que se ha puesto para los pobres poder vivir dignamente. Por esto lo notas incómodo con el “cristianismo” que se vive mayoritariamente en la Iglesia. No queremos dar lecciones ni definiciones de nada, pero tampoco creemos que el evangelio sea interpretable de tantas formas. Es imposible la vi-

vencia de nuestra fe en Jesús de Nazaret sin un compromiso absoluto con los más débiles, compartiendo la vida con ellos» (C.3).

«Por historia me siento miembro del mundo obrero y siempre del mundo obrero más pobre (abuelos, padres, el pueblo de donde venimos). Necesito que el colectivo de CO tenga sentido... ¡esto tiene que tener sentido!» (C.12).

2.1.2. Las primeras experiencias del contacto con el mundo obrero

Por diferentes razones el colectivo resalta la dureza del choque al incorporarse al mundo laboral, a la empresa o al taller. Primero las dificultades inherentes a la vida obrera para los que no están acostumbrados: horarios difíciles, levantarse a las 5 o las 6 del mañana, el turno de noche o cambio de turnos, llegar tarde a casa, cansados y con sueño, el frío, las largas distancias a las zonas industriales, el transporte público, la experiencia de la limitación personal física, psicológica o en todos sentidos. Dentro del taller, la explotación y las humillaciones, a veces del capataz, que te trata como una pieza, o de los mismos compañeros que resisten más o los despidos, en contraste con la parroquia en la cual eres alguien y tenías la vida asegurada.

«Pero, como contrapunto, 'te encuentras bien', 'palpas' que ellos son los tuyos, y es aquí donde nace la amistad. 'La forma de ser cura' te había distanciado de la gente..., aquí no eres el 'cura' sino uno más, has pasado de ser el 'hombre-religioso-por-oficio' a una 'persona normal'. [...] Es lo que has elegido, tienes que aceptarlo, has de-

jado liderazgos, estás al mismo nivel que ellos [...] tomaste la opción de no ser 'cura', eres simplemente un peón: te toca escuchar los chistes de mujeres, de sexo, de curas, de la iglesia, de los políticos [...] Muy a menudo no sabes qué hacer o qué haces allí, te domina la sensación de impotencia y de soledad» (C.3).

«Empecé en el mundo del trabajo (sin permiso del obispo) aprendiendo a pintar coches. Una experiencia dolorosa por la edad, delante de chiquillos que saben mucho más que tú» (C.14).

El contacto con el mundo obrero y de la pobreza los ha cambiado. No se trata de ir a "ayudar", sino de "no poder" ayudar porque eres pobre.

«Dios me ha cambiado a través de mi pobreza. Nos guiamos por el esquema burgués de ir a ayudar. El único que te puede cambiar es el pobre que te rompe el esquema burgués y eclesiástico, siempre distante, compasivo. [...] Los marginados pueden ser locos pero no burros. Al principio te buscan como una teta. Pero en un segundo momento, ¿a quién aceptan? ¿A quién quieren? Entrás en un terreno de amistad profunda y cuasi mística. Te han cambiado. La clave debe estar en saber amar lo que no tiene apariencia amable, como el siervo de Yahvé. Tienen que saber que no juegas con segundas. Y además, no le engañarás, puede que en tu interior permanezca la actitud 'de ayudar', y esto hace daño. Sólo cuando esto cae, cuando no eres nadie, entonces ya no vienen por el favor que buscan sino por tu ternura. Entonces ya podéis ser amigos» (C.11).

«La vida obrera simplifica –purifica– y enriquece muchas cosas. Nos ha ayudado a disfrutar de las cosas cotidianas y de espacios de felicidad ‘baratos’, pero sobre todo hace más limpia la relación con los demás. ¿Es posible ‘encarnarse’ en el mundo de la pobreza y la marginación?, ¿cómo hacerlo? Porque vives entre la posibilidad de tener poder y no querer tenerlo, entre la actitud más ‘profética’ y la más ‘posibilista’, entre la Iglesia y el Reino» (C.5).

«A pesar de la incomunicación de nuestra vivencia de fe, el caso es que nos sentimos profundamente vinculados a esta gente sencilla que nos rodea en el trabajo y en el barrio, donde se va consumiendo nuestra vida. Esta ligazón humana es un elemento muy fuerte que vivimos y sentimos, y es quizás la motivación más profunda de nuestra vida. Queremos estar presentes en este mundo obrero al cual nos ha llevado nuestra historia y nuestro compromiso de estar con los pobres» (C.4).

«A veces notas que la relación con los compañeros es demasiado débil, eres poco transparente, no tienes amistades serias... Por el contrario, cuando te lanzas de lleno, en un primer momento notas una cierta falta de equilibrio interior (como un tornillo pasado de rosca), se te reducen los espacios de plegaria, de lectura, de cultivo interior...» (C.5).

2.2. Ser cura

2.2.1. Sacerdocio “de frontera”

Cuesta descubrir la “identidad” del sacerdote. En el sacerdocio institucional

hay mucha “usurpación” de lo que es sencillamente el sacerdocio común a todo bautizado. La figura del sacerdote aún tiene un fuerte ascendente social: tiene estudios, tiene posibles contactos políticos y culturales, tiene las espaldas cubiertas, forma parte del cuerpo clerical.

«¿Qué incidencia tiene aquello específicamente obrero en nuestro sacerdocio? Siendo obrero, el sacerdocio deja de ser una actividad ‘profesional’ y afecta a toda la persona: vives una plena dedicación, no medida por el tiempo laboral-pastoral, al cual tengas que dedicar la cabeza y las manos, sino por toda una situación vital en la que, además, quedan involucrados el corazón, los riñones, el hígado... Esto te hace sentir ‘sacerdote’ de una forma totalmente nueva, que no puedes definir, pero que es ciertamente más profunda» (C.3).

«Nuestro sacerdocio es ‘de frontera’, un peregrinar por el mundo y con dudas. El mundo obrero ha incidido en cada uno de nosotros, y en nuestro sacerdocio. No nos lo ‘proponíamos’, ha ‘salido’ así, hemos hecho un camino, hemos cambiado como personas, y de rebote como sacerdotes. Quiere decir que, a pesar de las diversas ‘interpretaciones sacerdotales’ que hay entre nosotros, tenemos una forma de hacer, una sintonía profunda: no somos sacerdotes en el mundo obrero, sino obreros y sacerdotes» (C.9).

«Mi ‘ser sacerdote’ es el trabajo manual. Si quisiera podría elegir ganarme la vida de otro modo, pero he elegido estar con ellos» (C.14).

«El ministerio está al servicio del Reino. Si fuera posible hacer la distin-

ción entre la realidad del Reino –‘res’– y su virtuosismo externo –‘sacramentum’–, diría que el trabajo nos ha centrado en la ‘res’, más que en el ‘sacramentum’, somos más hombres de vida que de sacramentos» (C.8).

«Siempre he visto el sacerdocio ministerial como un ‘signo’ sacramental, tanto si ejerces las funciones como si no. Tanto eres ‘signo’ en el trabajo como en la liturgia» (C.14).

«Más que ir dando vueltas sobre el sentido profundo del sacerdocio, es más importante vivir y compartir la fe, la persona de Jesús, la encarnación. Ésta es la cuestión vital, ya que la vida se nos escapa y en ella nos lo jugamos todo» (C.9).

«El choque es cuando empiezas a conocer en propia carne la vida dura del obrero. Vives tensiones en el trabajo [...]. Algunos sienten la vergüenza de ser sacerdote, otros se vuelven suspicaces con las personas que te valoran por el hecho de serlo. Cambia tu universo de afectividad, incluso el modo de relacionarte con la mujer. Es vivir la Encarnación y tener conciencia de anonimato. Entonces te das cuenta de la situación de privilegio que te venía por ser ‘cura’. Más aún, no sólo se te cambia la forma de hacer de sacerdote, sino de entender la vida: más capaces de entender la debilidad humana, mayor unificación interior, mayor coherencia entre el creer y el vivir, mayor libertad. [...] Por otro lado pronto te cae el idealismo con el que veías el mundo obrero, junto a la entrega ves egoísmo, cerrazón, mentira, “esquirolaje”, afán de subir. Pero te encuentras bien compartiendo esta pobreza radical, tan a fondo. Has dejado liderazgos

y te encuentras al mismo nivel de la mayoría de la gente. Tú también eres pecador» (C.12).

2.2.2. *La Carta a los Hebreos*

La lectura de la carta a los Hebreos (2, 17-18 i 10, 4-20), ha sido para ellos una revelación del sentido de fondo del sacerdocio. Parte de las “funciones” rituales de los sacerdotes del tiempo de Jesús, que Él transforma en vivencias. Cristo es sacerdote a través de toda su vida. En Él la “vivencia” sacerdotal queda contrapuesta a la pura “función” sacerdotal. No es un “funcionario” que se encarga del culto, sino que vive sacerdotalmente.

«Él, pues, coloca en su lugar la función que hacíamos ‘como sacerdotes’: ya no pueden haber más sacerdotes al estilo del Antiguo Testamento, sino al estilo de Cristo. Nosotros no podemos ser otra cosa que seguidores de Aquel que ha asumido la realidad humana tan a fondo».

«El mundo obrero nos ha ayudado a evolucionar como sacerdotes: no nos queda nada de la mística del ‘segregatus’, somos hechos del mismo barro. Estar ‘metido’ en la vida normal de la gente es lo que da mayor valor al ‘sacerdocio’. Puede ser incluso que te sientas más sacerdote en la fábrica que en ningún otro lugar» (C.3).

Pero, a partir de esta visión del sacerdocio del Cristo, en el colectivo de CO hay como dos acentos en su vivencia, los que acentúan la función misionera del ministerio y los que ponen el acento más bien en la reducción de esta función.

«El sacerdote es el hombre de Dios, de la fe y de los demás, para acompañar. Y es así, asumiendo plenamente la humanidad y la dinámica del mundo obrero que vives y sientes este ‘sacerdocio real’. Y piensas –sobre todo en situaciones muy jodidas– en el ‘misterio ontológico’ que supone recoger esta vida, con sus injusticias, para presentarla y ofrecerla al Señor. [...] El caso es que en nuestras experiencias hemos perdido mucho del sacerdocio ‘cultural’, y se ha vuelto como una expresión de una experiencia vital. Nuestro proceso ha sido ir descubriendo vivencialmente el valor de la vida... y de la vida en el mundo obrero: en las galeras de este mundo» (C.3).

«El hecho de que te conozcan como sacerdote causa una cierta alegría o admiración esperanzada; ‘si todos fueran como éste...’ es lo primero que oyes. El solo hecho de que un sacerdote, que es un símbolo de fe, se ponga a trabajar, impregna todo el ambiente del taller, incluso ante los no creyentes. Así pues, sólo trabajando ya ejerces el ministerio sacerdotal. Pero la polarización de la gente en torno a la figura del sacerdote es tremenda. Sería mejor que dijéramos ‘si todas las personas fueran como ésta...’. La carta a los Hebreos va más allá de los ‘ministerios’ del pasado y de los ‘testimonios’, plantea una realidad más profunda. Esto que vivimos no es para ‘ser testimonio’, sino que es una vivencia con densidad por sí misma» (C.3).

«Todo lo que creías tener claro sobre el evangelio, por la formación que has recibido y la experiencia anterior, resulta que cuando sales a la calle sin protecciones, no sabes qué hacer ni

cómo moverte. Nos formaron para hablar y para dirigir. Pero cuando sólo eres uno entre los demás, ¿qué dices? ¿cómo comunicas tu vivencia obrera-evangélica? Tu vivencia obrera es la misma que la de los demás, y tu vivencia evangélica les parece una chorrada. ¿Cómo puedo pedir a un compañero que no siente lo mismo que yo, que entienda mi mística? La mística de renuncia sólo es de quien ha tenido alguna cosa, pero, ¿y quién no ha tenido nunca nada?» (C.3).

2.3. Ser contemplativos

2.3.1. Espiritualidad “de encarnación”

Han vivido una espiritualidad de “encarnación”. Al principio iban a “encarnarse”, ahora ya saben que son “de la misma pasta” que el mundo obrero. Es toda otra situación. Antes hablaban de “opciones”, ahora están allí. El itinerario espiritual ahora es al revés, ahora se trata de cómo “aceptan” lo que les viene dado por la vida por la que optaron.

«Es como un ‘digerir’ interior, necesidad de vivir la fe con mayor profundidad, mayor cultivo de la vida interior. Podríamos decir que es una espiritualidad:

– de ‘desierto’, de estar con los pobres para encontrar a Dios, quedas desnudo de seguridades, te conduce hacia una mayor simplicidad, el evangelio se te reduce a tres o cuatro cosas muy fundamentales.

– ‘escatológica’, mirando allá, nos ha pasado como a Jonás, hemos aprendido a relativizar nuestros tiempos, ya no buscas resultados palpables, no ‘esperas’ nada de lo inmediato, de

la euforia primera hemos pasado a una constancia más gris, pero más madura y serena.

– de ‘compartir’: hemos entrado a formar parte de la ‘debilidad’ humana, de los de abajo. Pero es una debilidad compartida, sabes que no eres nadie y que sólo es posible avanzar si lo hacemos juntos.

– desde “la vida”. En el mundo obrero Dios se manifiesta de una forma muy concreta, y hemos aprendido a leerlo y a encontrarlo a partir de estas ‘formas concretas’. Mezclados en medio de la realidad, allá vives a Dios, has aprendido a ser un contemplativo a partir de los rostros de la gente que te rodea» (C.5).

«Intento encontrar el sentido que pueda tener mi gris cotidianidad. Y pienso: es precisamente esta existencia gris la que escogí cuando entré a formar parte del mundo obrero. Era allí donde quería “enterrarme” para encontrar a Dios. Porque sabes que Dios está también en lo gris, aunque no lo veas: el Dios anonadado. Y constato que he aprendido a compartir la mediocridad del día de hoy (como el pan del padrenuestro): ¿Qué tenemos hoy para comer? ¿Qué te duele? ¿Cómo está tu madre?» (C.13).

2.3.2. *La oración: desnudos ante Dios*

Sentirse pobre es como estar “desnudo” ante Dios, con todo lo que eres y lo que no eres. También ante los demás hay que “vaciar” de autoridad, “desnudarse” de poder igual a como Flp 2,6-11 expresa el “vaciamiento” de Dios en Jesucristo. Nuestro punto de partida fue el

“vaciamiento” de toda autoridad sacerdotal. Se trata de parecerse a Jesucristo que «no se aferró al hecho de ser igual a Dios, sino que renunció a lo que le era propio».

«Sólo desde el vaciarse es posible la plegaria. Si es así, la oración es el aliento de nuestra vida. Todos rezamos. Sin plegaria personal no podríamos vivir como vivimos, en la soledad, el anonimato, incapaces ante los problemas del mundo, ni con la alegría que vivimos y que nos reconocen que vivimos. De hecho, incluso en el trabajo somos contemplativos. La plegaria ocupa un lugar central en nuestra vida. Cuando tu vida no es la que sabes que llevaría Jesús, te invade una gran tristeza. Querrías que fuese constante la conciencia de tu relación personal con Él. Querría que toda mi vida fuera una plegaria» (C.8).

«En la primera etapa hacía una plegaria de cinco horas diarias, distribuidas en tiempos fijos. Silenciosa: ‘Dios me ama’. En el mundo del trabajo algunos aspectos de la ‘práctica’ religiosa se han acabado. Pero no la conciencia permanente de que Dios me ama: una contemplación o la conciencia habitual de que Dios está con nosotros, y escucharlo a través de todo. [...] Ahora no necesito esforzarme para buscar a Dios, ahora lo encuentro. Antes me esforzaba en descubrirlo en la vida. Ahora, lo encuentro. Pero a veces me siento como a la intemperie y rezando de manera desorganizada, como bajo una tienda de campaña y no en una ‘catedral segura’. Es una fe de nómada. He llegado al convencimiento de que la plegaria depende de la actitud de vida que has tomado. El

tema no es rezar mucho... sino el estilo de vida que llevas» (C.8).

«Dios se hace buscar, me pide. Es el Padre que me despierta cada mañana y a quien doy mi ofrecimiento de cada día, 'venga hoy tu Reino'. A veces estoy aburrido o cansado y aunque no hable con Dios, sé que Él está allí, en la comunicación humana no todo es hablar, también está el amar y las señales de amar. La plegaria es una cuestión de amor. Como en un proceso de pareja, llega un momento en el que las palabras sobran pero el amor es más vivo que nunca. [...] Me he sentido muy fuertemente amado por Dios. En los acontecimientos duros (muerte de la madre, del hermano, de un compañero), jamás he dudado del amor que Dios me tiene. He aprendido a fiarme en todo de Él, y Él sabrá qué quiere de mí. Sé que todo lo que me pasa a Él le interesa, el dolor, el mal, las alegrías, todo lo que me pasa le interesa. Así se abre la dimensión de acción de gracias y de sorpresa. De repente, la alegría que tengo se transforma en acción de gracias hacia Él» (C.8).

«Por la noche, al meterme en la cama, saboreo el 'Padrenuestro', poco a poco, palabra por palabra. Rezo de forma fija por la noche, es lo último que hago cada día, aunque venga cansado y con sueño. Y también en momentos muy concretos y de duración de reloj, si no todo quedaría muy difuso. Es estarme con 'Otro' y referirme a 'Alguien'. Diferente de cuando 'pienso'. Pensar, pienso todo el día, pero rezar es diferente. Hablo con este 'Alguien' de aquello que me va preocupando (taller, barrio, compañeros, sacerdotes obreros, la última alegría,

la salud de Josep... todo, todo). A veces me obligo a hablar en voz alta. El breviario me había ayudado mucho, pero se había ido difuminando. [...] Procuro que cuando rezo (salmos, evangelio, padrenuestro...), sea Jesucristo quien rece en mí a través de irlo descubriendo: el Padre es también mi Padre. Jesucristo es el camino y la vida de plegaria más segura —no lo he descubierto yo, me lo dice Él mismo—. Él es el camino de plegaria que te va cambiando» (C.8).

«Voy a misa a la parroquia, pero, a pesar de que no hay comunidad, me gusta que otro me diga a mí la Palabra de Dios, te desnuda del egoísmo, sé que no sintonizo, pero vas en actitud de humildad. San Francisco también iba, no quería ser clerical. Es bueno pasar por este embudo» (C.8).

«Tengo necesidad de vivir la fe con más profundidad, de contraste constante con el evangelio, de 'ver a Jesús' y de referirme a Él en las dificultades de hoy. Una reafirmación de la confianza con Dios, una búsqueda de espacios de silencio, de recogimiento, de plegaria. Un mayor cultivo de la vida interior. Con el convencimiento de que no hay verdadero edificio social sin una maduración humana personal, y esto requiere tiempo de paz y de calma. También una cierta prevención a creernos haber encontrado el 'tesoro escondido', ya que estamos expuestos a la debilidad y a los errores. Del mismo modo que la Iglesia ha caído en las tentaciones, también podemos caer nosotros. Cristo, que no sucumbió, acabó crucificado. Quizás nuestro futuro es también la Cruz» (C.4).

«Me gusta rezar solo, pero necesito también rezar en grupo, aunque esté

en la luna. Estoy enganchado y colgado de la plegaria oficial, no acostumbro a fallar, y casi no sé hacer otra cosa. Suerte de la plegaria colectiva: las misas, la liturgia de las horas... Rezar juntos sólo es posible si el grupo vive en la transparencia hacia Dios. [...] El esqueleto de mi vida es la experiencia religiosa, la mirada amorosa de Dios en Jesús» (C.14).

«La vida que llevo es de desnudez total, cultural y religiosa. No te sirve de nada ser sacerdote. El trabajo seculariza. De pequeño me encontraba cómodo en el ambiente religioso. Ahora a veces he añorado un ambiente 'cristiano' porque en el trabajo no te puedes expresar como religioso o como cristiano. Soy cristiano clandestinamente y sólo lo puedo expresar con algunas personas. Por tanto, estás también desnudo ante Dios: no hay formas, hay que amarlo y basta» (C.14).

«Este estilo de vida no es posible sin una profunda vivencia religiosa, alimentada con el apoyo de otros compañeros que también viven una misma situación fronteriza y con los que puedas rezar, celebrar la fe, revisar la vida. Sin hacerlo continuamente y colectivamente, es difícil que se pueda mantener la fidelidad a Cristo y a la clase obrera. Nuestra vida de sacerdotes-obreros va necesariamente unida a la contemplación, al estar continuamente a la escucha de Dios, a una actitud habitual de plegaria que recoja aquello que es vivo, lo refiera a Cristo y lo devuelva a la vida. ¿Dónde está Dios entre esta gente tan aplastada por la vida? ¿Quién se acuerda de los accidentes laborales, de los despidos y cierres de empresa, de la falta de

condiciones, de las horas interminables en los altos hornos?» (C.9).

«¿Dónde está Dios, entre esta gente tan aplastada por la vida? Acercarme me ha proporcionado una experiencia de Dios, del Dios-pobre, que no había tenido antes. Mis esfuerzos de antes, de autocontrol, de austeridad, de conversión, me creaban tensión. No sabía. Al cambiar la perspectiva desde la que miro el mundo, me ha cambiado la misma visión del mundo. Ahora soy más capaz de entender las Bienaventuranzas: el Reino de Dios está donde no hay nada y en los que son nada. Quien se identifique con esto, cambiará, Dios lo cambiará. La mística está aquí» (C.5).

2.3.3. *Mística*

Aquello que llamamos "mística" no tiene por qué ser experiencias reservadas a privilegiados. La palabra "mística" tiene mucho de experiencia profunda, de entrega, de totalidad, de plenitud. Sale de dentro, cada uno la vive a su manera. El revolucionario vive la mística de la lucha y la liberación. El enamorado de Dios vive la mística de la fe.

«Todo esto, nuestra vida, la plegaria que respiramos, ¿es mística? Hemos vivido una mística de pobreza... pero también de libertad y de liberación. Todo lo que ahora me hace estar donde estoy y hacer lo que hago es porque Dios está con los pobres. Mística es estar con la gente, compartir. Dios está con los pobres y yo soy uno de ellos. Dios está con los pobres y los quiere felices, Dios me quiere feliz. Compartir esto desde el fondo del alma es mística. Te llena de alegría ver

cómo las Bienaventuranzas te confirman que los pobres poseerán la tierra por felices. Es una mística que me hace feliz también a mí y me produce una alegría profunda, que me gusta poder comunicar y compartir» (C.11).

«Lo que te va uniendo a Él es una relación cada vez más profunda, más allá de la relación de 'dar' y 'recibir' [...] ¿Qué es lo que Dios me da? [...] Quizás caminamos por el camino de los místicos, aunque a veces te sale de dentro, como a Jesús, el '¿por qué me has abandonado?'» (C.8).

«Si hago de carpintero, si celebro o si hago de enfermero, todo consiste en dejarse amar por el hecho de que Dios ama el mundo, que me ama, que me atrapa, que me enamora, que me interpele, que me cambia, que me convierte» (C.12).

2.4. Vivir el Reino

2.4.1. Encontrar a Dios

La preocupación de los CO se centra en el Reino, no en la Iglesia, que sólo es instrumento al servicio del proyecto de Jesús. El anuncio de la Paternidad de Dios es un llamamiento a vivir la filiación divina y la fraternidad humana. Esto provoca una mayor capacidad de “sorpresa”, de “admiración” y “alegría”. “La Gloria de Dios es la felicidad del hombre”, dice san Ireneo.

«Mi convicción es que creo de verdad que Dios está cada día entre los pobres. Dios habla. San Francisco decía que cuando fuéramos a tierras de sarracenos sólo sirviéramos, sin predi-

car. Estoy haciendo de peón de un paleta árabe» (C.14).

«Desde el mundo del trabajo se entiende más qué quiere decir la Cruz del Cristo y todo el Evangelio en peso: '¿Dónde está el sabio, el culto, el pensador? Nosotros proclamamos a Cristo. Crucificado. Esto resulta ofensivo a los judíos, y a los no judíos les parece una tontería; pero para los que Dios ha llamado, sean judíos o griegos, ese Mesías es el poder y la sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios puede parecer una tontería es mucho más sabio que toda sabiduría humana; y lo que en Dios puede parecer debilidad es más fuerte que toda fuerza humana' (1Cor 1,18-25), o también 'nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa vuestra' (2Cor 8,9) [...] El hecho de creer se acaba reduciendo a una cosa muy simple: Dios, Cristo y su experiencia en la historia. 'Simple', pero 'definitivo'. Esta manera de entender el evangelio te la crees, ellos te han ayudado. Y empiezas a entender que ser creyente quiere decir 'estar con los oprimidos'. Desde aquí relees la historia de Jesús, y pasas de un 'Dios-perfección' a un 'Dios-en-la-cruz' que toma partido por los pobres...» (C.3).

2.4.2. El Reino

Todos han seguido un camino diferente. De aquí los diferentes talentos a la hora de afrontar la dialéctica entre Iglesia y Reino, probablemente con más tensión según las referencias sacramentales. Quizás la mayor diferencia se da entre aquel que dice que la Eucaristía “le sirve para darse cuenta de que aún no ama a todo el mundo” y aquel que dice

que este “amar a todo el mundo es precisamente lo que él encuentra en la Eucaristía”.

«El Espíritu Santo, ‘vertido sobre todo el mundo’ nos conduce a centrarnos en el Reino, a estar atentos a la presencia de Dios en el mundo. Antes poníamos la distinción entre “creyentes” y ‘no-creyentes’. Quizás llegaremos a descubrir que lo que hay en el fondo es el misterio de luces y de tinieblas, o que el Reino de Dios está ya ‘entre vosotros’. Por este motivo hay que:

– Vivir el Reino en el mundo, a través de la experiencia concreta, para que aparezca el Reino de Dios, que es Reino de los pobres, y esto requerirá decir estar atentos a las cosas más sencillas de la vida: velar por la hermandad, la fraternidad, establecer relaciones personales, ser sensibles al sufrimiento...

– Vivir el Reino también en el interior de la iglesia, procurar que la iglesia esté abierta al mundo, que no sea un montaje de poder, abocar más esfuerzo en la evangelización que en la sacramentalización, personalizar la fe.

– Vivir el Reino como mística de la comunión universal. La inclinación actual de una parte de la juventud hacia tendencias derechistas o espiritualistas hace pensar que nos hace falta enraizamiento en la masa.

– Vivir el Reino en el presente pues es el presente el que está cargado de escatología: si comunicamos amor, si los pobres “son salvados”, esto tiene futuro. Recordemos “el que trate de salvar su vida, la perderá” (Mt 10, 39), “No estéis, pues, preocupados

por el día de mañana” (Mt 6,34), “Buscad primero su Reino y su justicia” (Mt 6,33).

Creemos que el Reino de Dios está presente entre nosotros porque “los ciegos ven, los cojos caminan, los pobres son evangelizados” (cf Lc 4,18) (C.4).

«Nuestro itinerario de sacerdotes-obreros nos ha conducido a formar parte de un pueblo y a estar con la gente de igual a igual, sin ser un ‘personaje’ por razón del sacerdocio. Somos ‘uno más’ entre el pueblo. Nos encontramos atados a una vecindad, un trabajo, unas humillaciones, unas injusticias... y es compartiendo esta dureza como intentamos construir el Reino. Amalgamados con el pueblo, hemos descubierto los valores del Reino. Entre nosotros hay quien tiene más una presencia foucauliana, otros más activistas. Aunque muchos de nosotros hemos tenido un cierto papel destacado en cooperativas, sindicatos, asociaciones de vecinos o entre marginados en general, tenemos recelo a ser ‘protagonistas’» (C.5).

«En el bar hablo con siete u ocho personas que están solas. Siempre es la misma gente, nos conocemos y nos relacionamos, es una comunidad humana muy marginal. [...] Me aguanta una especie de tozudez, de esperanza que es posible vivir la vida del ‘pequeño’, y desde aquí vivir la experiencia de Dios y del hermano. Esta vida de los ‘pequeños’ es además lo que vive la mayoría de la gente, y a partir de aquí conocen a Dios. Fue la experiencia original de san Francisco y sus compañeros, cuando por ejemplo vivían una ‘alegría profunda en medio del

frío'. [...] Me sorprende no sentir lo que antes sentía: el orgullo de estar con los pobres. Percibo que esto es pecado. Lo he utilizado para justificarme. Cuando ya no sientes ese orgullo, el pobre se fía. Mientras no he dejado el orgullo no hemos podido hacer camino juntos. Y desde aquí creo profundamente que a pesar de toda su autodestrucción los valores del Reino continúan vivos» (C.9).

«Este 'anonimato' puede cansar, parece que no tenga sentido. Pero a veces percibes –como en un relámpago– que lo que has dicho o hecho ha sido acogido, compartido, vivido, o que has sido señal indicadora. 'Es un buen tío que cree en Dios'. Esta es nuestra apuesta: creemos que el camino es trabajar por el Reino. Nuestro papel es como el de los profetas: decir lo que tenemos que decir y hacer lo que tenemos que hacer, sin querer universalizar nuestra experiencia. Ni nosotros podemos renunciar a nuestra vivencia –auténtica– ni podemos imponerla a los demás» (C.9).

«A veces vives épocas de perplejidad (¡se nos han desmontado tantas cosas!). Pero no puedes volver atrás. Hay que reformular la situación a partir de la misma perplejidad. Lo curioso es que si lo haces se te confirma la convicción primera (como le pasó a la samaritana). Y todo porque sigues viendo como un 'hecho primero' que el lugar de Dios es el mundo de los pobres. De aquí que sigues con la misma pasión por el Reino de Cristo y por el Cristo del Reino. A pesar del desconfiarte, sigues obstinadamente creyendo y apostando por un mundo nuevo. [...] Nace entonces una fidelidad a la vida tal y como es. Es una fidelidad

al compromiso con este mundo, una 'obediencia' –hasta la muerte– a la vida y a la condición humana. De aquí aprendemos 'Quién' es Dios. Como Jesucristo, que 'por obediencia aprendió a comportarse como un hombre cualquiera, y en este camino aprendió 'Quién era Dios'. Quizás es lo que nos pasa a nosotros: hemos descubierto un 'camino de Dios' en medio del mundo, el Reino, a pesar de que a cada paso tengamos que interpretar el 'camino'» (C.5).

2.5. Vivir la Iglesia

2.5.1. *Institución y comunidad*

Desde la condena de Pío XII en 1954 obligando a abandonar las fábricas, la institución les ha jugado malas pasadas, desconocimiento, condenas e indiferencia. Criticados como ingenuos o inconscientes. En algunas diócesis incluso excluidos de los anuarios.

Duele la incomprensión y dificultad de dialogar con los propios compañeros sacerdotes: no saben cómo explicar su opción. A menudo viven contradicciones con el mundo de la parroquia: algunos contraponen la “pastoral de la sacramentalización” (que llaman de “conservación”) con su compromiso laboral en la empresa. Sus preocupaciones y el lenguaje no son los suyos: sacramentalización, catequesis... Querrían en cambio poder compartir sus reflexiones sobre el ministerio, su visión del liderazgo sacerdotal o del poder. Querrían en definitiva poder ejercer su ministerio entre los obreros sin tener que defenderlo continuamente como si tuvieran que hacerlo a escondidas. Pero

no abandonan. Constatan haberse encontrado como marginados dentro de la misma iglesia por el hecho de trabajar manualmente. También por parte de ellos se ha dado un alejamiento progresivo de las instancias oficiales.

«Esta Iglesia ligada al poder y alejada del mundo obrero no es la institución evangélica ‘comunidad-de-pobres’ que anunció Jesús. La jerarquía y algún sector con poder han secuestrado al Dios de los pobres y lo han puesto a su servicio. Vivimos situados en el mismo corazón de la incomprensión, hay un foso de separación entre iglesia y pueblo. Lo que la institución dice no interesa a la gente, esta iglesia tiene miedo del mundo, de los sin-poder, de vivir a la intemperie. [...] Hay gente cristiana (y no sólo encopetada, que no te extrañaría ni te importaría tanto) que te rechaza o te ve como una cosa extraña, ‘un cura que no es cura’, dudan de tus opciones o las critican abiertamente. Y a nivel de obispado, aunque participes en algunos organismos, vives como ignorado» (C.4).

Si la jerarquía aceptó con dificultad la conversión de sacerdotes en obreros, más difícil aún sería la aceptación de obreros como sacerdotes. En Barcelona, durante unos quince años los jóvenes obreros que querían ser sacerdotes, sin tener que dejar su trabajo seguían un proceso de formación intelectual y espiritual adaptado para ser ordenados presbíteros. Se denominó ESMO o “Encaminamiento Sacerdotal desde el Mundo Obrero”. Aquella experiencia, facilitada por el cardenal Jubany, hoy ha desaparecido. Algunos de los miembros actuales del colectivo se preguntan:

«¿No hay un cambio de orientación en la formación de los que tienen que llegar a ser presbíteros? ¿Qué ha pasado con el ESMO? Yo fui ordenado sacerdote cuando ya trabajaba en la cooperativa. El día de la ordenación el obispo Jubany afirmó en la homilía que mi ordenación, siendo ya obrero, estaba ‘inspirada por el Espíritu Santo’» (C.14).

2.5.2. Comunidades pequeñas

«Todos tendemos a compartir la fe con aquellos grupos en los que son posibles las relaciones de persona a persona y en los que se mantiene la porosidad con el mundo obrero, eclesial o no. Son aquellos pequeños núcleos que no se limitan a coincidir con ocasión de un acto litúrgico, sino que quieren ‘encontrarse’ para poner en común la vida y la fe en Jesús. En ellos todo el mundo se conoce por su nombre, tal y como somos conocidos por Dios, no parten de la teoría sino de la vivencia de la realidad; se esfuerzan por poner en práctica aquello que creen. Los itinerarios que nos han llevado a formar parte de estos grupos de iglesia son los mismos que nos han llevado al mundo del trabajo. Vivimos la iglesia en las comunidades como una iglesia cercana al pueblo; pero sin romper el contacto con la iglesia universal. Es una iglesia a escala humana, grupos de JOC, HOAC, ACO, o grupos implicados en el trabajo, grupo de sacerdotes en el trabajo, núcleos de convivencia. En todos ellos evitan ser hipercríticos con la iglesia institución o quedar cerrados en sí mismos, se requiere un esfuerzo para coordinar estos grupos parecidos» (C.4).

«No sabemos ni podemos vivir solos la fe, necesitamos de los demás. La vivimos en grupos de pocas personas que nos ayudan a abrimos. En ellos tenemos unos vínculos serios para compartir la fe y la vida. Tampoco en estos grupos vamos a 'desempeñar una tarea', sino a compartir como un miembro más. [...] La opción de 'bajar' del pedestal, de no ser nadie con autoridad, lo aprendes en el trabajo y después se va trasladando a todas las relaciones. En el trabajo los compañeros no te dan la razón por el hecho de ser sacerdote, y en la comunidad de fe tampoco. Esto hace que se te bajen los humos de repente... Parece que te empobreces, que pierdes brillo, pero a la larga es un proceso que te ha enriquecido» (C.9).

2.5.3. *Testimonio y evangelización*

Instauran una ruptura con el modelo heredado de la historia. Definen su acción evangelizadora como una práctica "solidaria, profética y misionera" (IV Encuentro Europeo 1991). Viven la tensión entre la rigidez de la institución cerrada sobre sí misma y las exigencias de la fidelidad a la palabra de Dios vivida entre los obreros. Convencidos de que la evangelización auténtica conlleva la plena participación en la vida del pueblo en la que el evangelio es anunciado.

«Preocupa que, ya que compartes la vida con los compañeros del mundo obrero, no puedas también compartir y celebrar plenamente y explícitamente la fe que llevas dentro. Te das cuenta de que también es diferente el estilo de vida: no haces 'horas', eres soltero... estás con ellos, pero no sa-

bes hasta qué punto 'eres como ellos'. Los compañeros de trabajo, por su lado, tampoco entienden que hayas elegido vivir mal teniendo la posibilidad de aprovecharte de tu 'poder de sacerdote'. E igual que pasó con Juan o Jesús te podrán criticar por 'bobo'. Así, tu testimonio está condenado a quedar 'nebuloso'» (C.4).

«Hay quien se 'deslumbró' con el movimiento obrero en la época de la clandestinidad. En otras ocasiones por una nueva manera de hacer iglesia, lejos de privilegios. Unos y otros vivieron aquella euforia en un cierto clima de heroísmo personal y, a pesar de que esto ha pasado, no ha conducido a ningún 'desencanto'. Ahora es diferente, ahora 'estás' en el mundo de los pobres, habiéndote desnudado de poderes, liderazgos, personalismos, dogmatismos. Y constatas que 'desde aquí' reencuentras el evangelio y a ti mismo, y ves por dónde pasa la historia de la salvación, a pesar de que no coincide con los esquemas que tenías. [...] Al no ir ligada al 'éxito pastoral', nuestra vida de fe es más gratificante y natural. Viviendo de la Palabra y la vida, el evangelio 'liga' con lo que haces, si eres coherente ya hay testimonio, no hace falta que lo busques, vives con más paz que antes, ya no te preocupa lo que diga Ratzinger, sino tu coherencia haciendo lo que puedes. No somos 'progresistas' en el sentido de acomodarnos a las formas del mundo, sino más bien 'retrógrados' al querer volver a las fuentes del ministerio encarnado de Jesús» (C.5).

«La cuestión no es si convencemos o no a la gente, sino preguntarnos qué es lo que me aguanta a mí, porque todo lo que vivo forma parte de una op-

ción: en la forma de tratar a la gente, en el barrio, en el trabajo, en los momentos de ilusión o de dificultad, o de decir: 'mira, yo creo en Dios, ¿qué quieres que te diga?'" (C.12).

«Antes 'evangelizar' era 'hablar'. Ahora 'evangelizar' es 'compartir', salvarse colectivamente. Evangelización no basada en 'la Palabra', sino en 'la Presencia'. Por ello, desde la mística de la pobreza, 'pastoral' obrera quiere decir sobre todo compartir» (C.3).

«Hemos renunciado a 'tener rebaño', pero no a ser testimonios de la fe en Jesús en medio del mundo. 'Estar en medio del pueblo' es la primera y esencial condición del ser creyente. Compartir, estar, ser uno más, no tener 'rebaño'. La pastoral habitual es de 'conservación', no de 'misión'. De aquí la potenciación de catequistas y la tendencia a marginar a gente 'en punta', que choca con la pastoral oficial. Para nosotros 'misión' quiere decir sentirte 'enviado' hacia fuera, por un Dios que ya 'está fuera' y que te hace 'estar colgado', con el corazón abierto, a todo lo que pase fuera. Es Jesús quien nos 'misiona' a todos [...] La referencia a Jesús es algo que te coge de una forma radical, profunda, tan íntima y profunda que coincide con la propia 'libertad' de ser y de vivir. No vamos a 'enseñar', estamos allá simplemente para 'estar', para compartir llevando a la práctica aquello de 'bajar de la condición divina'» (C.5).

2.6. Vivir feliz

El tono de felicidad vital que respira el colectivo es el mejor termómetro de su salud espiritual, de la conciencia del de-

ber cumplido, de la aceptación humilde del espacio reducido que la jerarquía les ha reservado en el interior de la iglesia, pero también del reconocimiento recibido por parte de los compañeros obreros —creyentes o no— en el barrio y en los lugares de trabajo. Son vidas consagradas a la construcción del Reino. Sus encuentros son de una alegría serena y compartida, un sólido 'colchón' psicológico que como colectivo les ha permitido aguantar temporales. No se preocupan por la pregunta que para cualquiera sería importante «crecemos juntos, ¿qué futuro tenemos como CO en el interior de la iglesia?»

«Vivimos nuestra situación con alegría, a pesar de que sabemos que por parte de la jerarquía es una opción desestimada... Nunca hemos tendido a expresar nuestra experiencia con formas agresivas o molestas o como si fuera la única. Tampoco vamos por la vida queriendo dar lecciones, vivimos y transmitimos una vivencia del seguimiento de Jesús en tono positivo, optimista, más alegre y más a favor de la vida. Tampoco acostumbramos a adoptar posturas de chapuceros» (C.7).

«Tantos años de tocar el mundo obrero, nos hemos 'contagiado', de su vida y su cultura, 'no somos los mismos que antes'. Nosotros lo notamos, lo notan los demás y nos lo dicen. Y también ha ido creciendo en nosotros y en los que nos conocen que 'ya no sabríamos vivir de otra forma'. Estamos 'cogidos' por dentro, y esto es lo que da sentido a nuestra vida en el Cristo. [...] Incluso nuestro lenguaje ha cambiado. Antes era más simbólico, ahora es más concreto, de lo cotidiano y cosas

pequeñas. De un modo parecido ha cambiado nuestra plegaria, ahora más espontánea, yendo hacia el trabajo, a partir de lo concreto, en cierta medida es un diálogo con un Jesús más histórico, más cercano, menos manipulable ideológicamente» (C.5).

«Nuestra preocupación central ha sido la presencia de la fe en el mundo obrero. No nos preocupa la continuidad o no de nuestra 'herencia' de sacerdotes-obreros, y ni tan solo la de sacerdotes a secas. La finalidad no es la continuidad de nuestra experiencia, sino vivir evangélicamente. Si el objetivo es el 'futuro', éste se convierte en la finalidad y nuestra vida sólo es un medio para conseguirlo. Pero si la finalidad es vivir evangélicamente, el 'futuro' será una consecuencia. Vamos por aquí» (C.9).

«Hoy en día, la mayoría somos jubilados y pensionistas. Vivo la penuria de una pequeña jubilación. Esto causa angustia y rabia. Vivimos con pensiones pobres. Por la edad, algunos de nosotros pasaremos horas en las residencias de la tercera edad, como cualquier anciano o jubilado, no nos diferenciamos de nadie. Esto nos da fuerzas, a pesar de vivir a la intempe-

rie, no atados a nada, sin fronteras. Fundamentalmente, creemos en Jesús. Nunca 'acabamos del todo', a pesar de vivir a 'pleno aire', no sujetos a 'principios' inamovibles, sino al ritmo cambiante de la vida y de las relaciones horizontales. Ya te gusta prever y planificar, pero también valoras este continuo dejarse sorprender por la vida» (C.20).

He aquí un bello resumen de toda una vida:

«Para mí el trabajo manual ha sido el "lugar sociológico", "lugar teológico", "lugar político", "lugar eclesial", "lugar pastoral" y "lugar de alegría y de paz"».

Éste es, en última instancia, el significado real de la experiencia de los curas obreros: si ellos inauguraron un nuevo estilo sacerdotal fue porque, más profundamente, querían un nuevo estilo de vida cristiana, en condiciones desconocidas hasta entonces por la tradición cristiana. En un esfuerzo misionero que tiene que ser siempre de toda la Iglesia, laicos, sacerdotes y jerarquía, ellos asumieron la parte que les tocaba.

¡Les damos las gracias!

BIBLIOGRAFIA

- ANCEL, Alfred; *Mis cinco años de obispo obrero*, ed. Estela, 1963.
- PÁMPOLS, Ramir y otros; *Curas obreros*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, Cuaderno nº 17 (1987).
- POULAT, Émile; *Une église ébranlée*, París, Casterman, 1980.
- PÉREZ PINILLOS, Julio; *Los curas obreros en España*, Nueva Utopía, 2004.
- TABARES, Esteban; *Los curas obreros, su compromiso y su espíritu*, Nueva Utopía, 2005.
- RAMBLA, Josep M^a; *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide van Broeckhoven, jesuita obrero*, Santander, Sal Terrae, 2007.
- CORRALES, Xavier; *De la misa al tajo*, Universidad de Valencia, 2008.
- CENTENO, José; DIEZ MAESTRO, Luis; PÉREZ PINILLOS, Julio; *Curas Obreros*, Herder, 2009.

CUESTIONES PARA LA REFLEXI N

El cuaderno presenta dos partes. Una donde se expone el origen, sentido y algunos de los avatares históricos del movimiento de los curas obreros y una segunda parte donde se da la palabra al testimonio y a la espiritualidad de los protagonistas de esta historia.

Sobre la primera parte:

- 1.** ¿De qué modo la forma de evangelización de los curas obreros ha dejado huella en la Iglesia actual? ¿Se trata más bien de una cuestión puramente histórica, sin ninguna validez para el momento presente?
- 2.** ¿A qué crees que se debe, principalmente, las dificultades que el movimiento tuvo para ser reconocido y aceptado por la jerarquía?
- 3.** El llamamiento por parte de los obispos franceses a la obediencia en la comunicación del 19 de enero de 1954, ¿te parece justificado? ¿Qué crees que movió a unos a acatar la decisión y a otros a declararse insumisos?

Sobre la segunda parte:

- 4.** ¿Qué señalarías como más destacado de la espiritualidad que expresan los curas obreros y qué sostuvo su misión a lo largo de los años?
- 5.** ¿Consideras que se trata de una espiritualidad válida aún para nuestros tiempos? ¿Qué formas podría tener hoy esta espiritualidad?
- 6.** ¿Hay lugar en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad para un tipo de sacerdocio como el que vivieron o intentaron vivir los curas obreros?
- 7.** ¿Qué tendría que cambiar en nuestra Iglesia para hacer posible una espiritualidad como la que exponen los testimonios en la segunda parte del cuaderno?